Curso C.2-2: Introducción a la filosofía Griega

El curso «Introducción a la filosofía griega» ofrece una visión global y exhaustiva de más de doce siglos de pensamiento helénico, desde sus orígenes arcaicos hasta la Antigüedad tardía. Una característica distintiva del curso es que la filosofía helénica no se aborda exclusivamente desde una perspectiva racionalista, sino que también se presta una atención considerable a sus dimensiones teosóficas, míticas y paranormales.

Dentro de esta larga evolución histórica pueden distinguirse tres grandes períodos y estilos de pensamiento.

- El primer período está constituido por la filosofía natural presocrática, en la que el concepto de physis, o naturaleza en devenir, ocupa un lugar central.
- El segundo período corresponde a la filosofía ática clásica, conceptual y ética, en la que pensadores como Sócrates, Platón y Aristóteles sitúan en primer plano el pensamiento conceptual y la conducta humana dentro de la comunidad cívica de la polis.
- El tercer período comprende la filosofía teosófica helenístico-romana, en la que la atención se desplaza hacia el orden cósmico, la dualidad entre la luz y la oscuridad y el retorno místico del alma al Uno divino.

El surgimiento de la filosofía griega marca la transición gradual de una representación mítica de la realidad al razonamiento racional del logos. Mientras que los poetas épicos, como Homero y Hesíodo, explicaban los acontecimientos mediante la intervención de divinidades y héroes, los primeros filósofos buscaron un principio explicativo inmanente en la propia naturaleza. En el centro de su investigación se encontraba la búsqueda del archē, el principio primordial rector del que surgen todas las cosas y en el que finalmente se disuelven.

Los filósofos naturales de Mileto fueron los pioneros de esta búsqueda.

Tales señaló el agua como sustancia primordial; Anaximandro introdujo el concepto de apeiron (el principio primordial ilimitado que gobierna todas las cosas mediante la justicia cósmica); y Anaxímenes consideró el aire animado (pneuma) como la fuerza sustentadora del cosmos. Esta física primitiva se basaba en una visión hilozoísta del mundo, según la cual la materia y la vida no estaban separadas.

Jenófanes de Colofón reaccionó frente a estas concepciones criticando las representaciones antropomórficas de los dioses, mientras que el orfismo introdujo un dualismo estricto entre el cuerpo perecedero y el alma inmortal.

A medida que la filosofía natural profundizaba en sus investigaciones, surgieron tres corrientes principales de pensamiento.

Pitágoras de Samos y sus seguidores vincularon la doctrina órfica del alma con una cosmología matemática. Sostenían que la naturaleza está estructurada según proporciones numéricas (arithmos) y pares de opuestos (systoichia).

La escuela eleática, representada por Parménides de Elea y Zenón, defendió, por el contrario, un monismo ontológico estricto, estableciendo una distinción radical entre el Ser puro (noēsis) y el cambiante mundo de las apariencias sensibles (doxa).

En oposición directa a esta concepción se encontraba el movilismo de *Heráclito* de Éfeso, para quien la naturaleza representaba un cambio perpetuo (panta rhei), regido por un logos cósmico y simbolizado por el fuego eterno.

Para resolver este dilema, pensadores posteriores desarrollaron el mecanicismo. Empédocles postuló cuatro elementos que se combinan o se separan mediante el Amor y el Odio; Anaxágoras propuso la existencia de infinitas semillas (homoiomereiai) ordenadas por una Mente (Nous); y Leucipo y Demócrito redujeron la realidad a átomos que se desplazan en el espacio vacío.

En el siglo V a. C., el centro de la actividad filosófica se trasladó a Atenas, donde la reflexión jónica se transformó en una formación orientada a la participación activa en la vida política.

La guerra del Peloponeso provocó una crisis de la reverencia tradicional por las leyes de la ciudad (nomos) y por la religión. En este contexto, la Primera Sofística desarrolló una forma escéptica de relativismo.

Protágoras de Abdera sostuvo que el ser humano es la medida (metron) de todas las cosas, mientras que Gorgias de Leontinos afirmó que el Ser es incognoscible e incomunicable. Los sofistas introdujeron la oposición entre la naturaleza (physis) y la institución o convención humana (thesis o nomos).

De esta oposición surgió una concepción amoral del poder entre sofistas aristocráticos como Trasímaco y Calicles, frente al humanismo democrático de Antifonte y Protágoras. Además, los sofistas sentaron las bases del sistema educativo occidental (trivium: gramática, dialéctica y retórica), mientras que Pródico ofreció una explicación psicológica de la religión.

Como reacción al relativismo sofístico, apareció Sócrates de Atenas, quien utilizó los métodos dialécticos de los sofistas para establecer una ética objetiva. Sócrates defendía una concepción teleológica de la naturaleza, según la cual la naturaleza humana está organizada de manera finalista por la providencia divina (pronoia).

Mediante su método de diálogo (dialexis), la ironía, el arte de la mayéutica y la inducción (epagogē), buscó establecer definiciones esenciales de las virtudes. Su tesis fundamental, según la cual la virtud coincide con el conocimiento, constituyó el punto de partida del intelectualismo clásico, guiado por su voz interior (daimonion). Tras la condena a muerte de Sócrates, sus seguidores tomaron caminos diferentes.

Los Socráticos Menores desarrollaron su legado de manera unilateral. La escuela megárica combinó el pensamiento conceptual socrático con el inmovilismo eleático; los cínicos, bajo Antístenes y Diógenes de Sinope, rechazaron todas las convenciones (thesis) en favor de un ascetismo mínimo conforme a la physis; y los cirenaicos, bajo Aristipo, transformaron el eudemonismo socrático en un hedonismo centrado en el momento presente.

El legado intelectual de Sócrates alcanzó su pleno desarrollo en los dos Grandes Socráticos, *Platón y Aristóteles*.

Platón de Atenas integró el mundo cambiante de Heráclito, las estructuras numéricas de Pitágoras y la ética conceptual de Sócrates en un gran sistema filosófico. Platón sostenía que la realidad perceptible es únicamente una imagen cambiante del mundo trascendente de las Ideas (ideai o eide), que representan el verdadero Ser (to ontos on).

El alma es inmortal y conoce las Ideas mediante la reminiscencia (anamnesis). En su metafísica de la luz, el Bien actúa como la Idea suprema que ilumina el conocimiento y la existencia. Ambos se ordenan mediante la síntesis dialéctica (synagōgē) y la división (diairesis).

En el Timeo, Platón describe cómo el demiurgo divino ordena la materia conforme a los modelos de las Ideas para constituir un cosmos. Este dualismo encuentra su aplicación social en su Politeia (República), donde el Estado se estructura jerárquicamente siguiendo el modelo del alma.

Aristóteles de Estagira, discípulo de Platón, intentó superar la separación entre el mundo ideal y el mundo sensible mediante su método genético y el hilemorfismo. Sostenía que la naturaleza no está constituida por Ideas trascendentes, sino por seres individuales en los que la materia (hylē) y la forma (morphē) constituyen una unidad inseparable.

Explicó el devenir y el cambio mediante las categorías modales de la potencia (dynamis) y la actualización o acto (energeia o entelecheia). En un ser vivo, el alma es la entelequia del cuerpo orgánico.

En el ámbito ético, Aristóteles es un eudemonista: el fin humano (telos) es la felicidad o plenitud (eudaimonia), alcanzada mediante una conducta virtuosa y el justo medio (aurea mediocritas). Aristóteles dividió las ciencias en disciplinas teóricas (física, matemáticas y teología o filosofía primera relativa al Motor Inmóvil), prácticas (ética, economía y política) y poiéticas o productivas, todas ellas sustentadas por el marco lógico del Organon.

Tras las conquistas de Alejandro Magno y la desaparición de la autonomía de la polis, la vida intelectual experimentó una profunda transformación. El horizonte se amplió hacia un cosmopolitismo universal, mientras que el ciudadano individual buscaba al mismo tiempo una orientación filosófica personal y tranquilidad de espíritu (ataraxia y apatheia).

La Estoa, fundada por Zenón de Citio, proclamó un materialismo panteísta en el que el Logos divino del Fuego impregna el universo. El sabio debe organizar su vida de acuerdo con este orden cósmico mediante el autocontrol racional.

El *epicureísmo*, fundado por Epicuro en el Jardín, retomó el atomismo de Demócrito. Mediante una canónica sensualista, Epicuro pretendía liberar al ser humano del temor a los dioses. Los dioses de concepción deísta no intervienen en el mundo, mientras que la felicidad consiste en una tranquilidad imperturbable (aponia) dentro de una comunidad basada en la amistad.

Frente a estas escuelas dogmáticas surgió el *escepticismo*. El pirronismo, bajo Pirrón de Elis, defendió la suspensión completa del juicio (epochē) con el fin de alcanzar la ataraxia. En la Nueva Academia, Carnéades desarrolló el probabilismo, o pensamiento basado en la probabilidad, mientras que médicos escépticos como Sexto Empírico formularon modos sistemáticos de argumentación (tropos) en favor de una ciencia médica puramente empírica.

En la Antigüedad tardía, la confrontación entre las escuelas filosóficas desembocó en diversas formas de eclecticismo y sincretismo, en las que Posidonio de Apamea y Filón de Alejandría desempeñaron un papel fundamental. Filón el Judío vinculó la revelación mosaica con la filosofía helénica al situar las Ideas platónicas en el Logos divino.

En este contexto de religión cósmica y teología astral surgió la última gran síntesis del mundo intelectual antiguo: el neoplatonismo. Fundado por Amonio Sacas y desarrollado ampliamente por Plotino, este sistema constituyó una estructura filosófica dinámica.

Plotino sostenía que toda la realidad procede, mediante un proceso de emanación necesaria (proodos), del Uno absolutamente inefable (To Hen). Del Uno emana el Intelecto universal (Nous), que contiene la totalidad interrelacionada de las Ideas. Del Nous surge el Alma universal (Psuchē), que a su vez impregna y configura la naturaleza material (physis).

Mediante la purificación intelectual y ética (katharsis), el alma humana puede ascender gradualmente hasta experimentar, en el éxtasis místico, la unión (henosis) con el Uno.

En las escuelas neoplatónicas posteriores de Porfirio, Jámblico y Proclo, esta mística especulativa se enriqueció aún más con la lógica aristotélica y los rituales teúrgicos. De este modo, la filosofía helénica culminó su rica tradición con el cierre de la Academia de Atenas en el año 529 d. C.